

Instituto de Historia  
Pontificia Universidad Católica de Chile

CRISTIÁN GAZMURI

## ENTREVISTA A TULIO HALPERIN, HISTORIADOR E INTELECTUAL

---

Tulio Halperin nació en Buenos Aires en 1926. Hijo de un latinista, se formó en un ambiente marcado por la cultura. Finalizado el colegio estudió química, derecho y finalmente historia, su vocación. Sus primeros escritos históricos datan de comienzos de la década de 1950. Tomó contacto con connotados historiadores argentinos y europeos, entre los que destacan José Luis Romero, Claudio Sánchez Albornoz y Fernand Braudel, a quien conoció durante una estadía en Francia y se doctoró en la Universidad de Buenos Aires, con una tesis sobre el conflicto entre moriscos y cristianos viejos en Valencia.

Después se preocupó de la historia argentina, momento que coincidió con la caída de Perón. Escribió varios artículos y libros renovadores, tanto sobre temas propiamente históricos como de actualidad. Su acuciosa labor investigadora y recreadora del pasado de su patria culminó con la publicación de *Revolución y guerra*, un libro que se ha transformado en un clásico, en el año 1971. Antes, en 1967, ya había publicado, en italiano originalmente, su conocido manual de *Historia contemporánea de América Latina*, con varias ediciones en español y traducido al inglés.

Pero ya no vivía en Argentina. Después del golpe militar de 1966, Halperin, quien ya gozaba de una gran prestigio intelectual como investigador y hombre de gran cultura, había abandonado Argentina para ir a enseñar e investigar a las universidades de Harvard y Oxford, afincándose finalmente en la Universidad de California, en Berkeley. Desde entonces ha permanecido allí como profesor de Historia de América Latina. Contando con la magnífica biblioteca de esa Universidad y viajando con relativa frecuencia a Argentina y por todo el mundo, ha ido publicando numerosos libros, varios de los cuales también han alcanzado la condición de "clásicos". En toda Latinoamérica, y en especial en su país natal, es considerado uno de los historiadores contem-

poráneos más importantes. Su prestigio también es muy grande en USA y a nivel mundial es una figura conocida.

Lo conocí en Berkeley, cuando realicé allí un Master los años 1977-1978. Fue mi profesor guía. Desde entonces quedé impresionado con sus conocimientos y sabiduría. Ni qué decir que su actitud humana para conmigo fue de las mejores.

Después lo vi en Santiago, en 1985, y en Buenos Aires, en 1996. Habiendo retornado a Berkeley en 1997, en una breve visita, estuve con él y sabiendo de su pronto retiro, surgió la idea de esta entrevista. Tengo conciencia de que no soy el más idóneo para hacerla. Ciertamente estoy muy lejos de ser siquiera un medianamente buen conocedor de su obra. Pero me asesoré y aquí está. Su figura intelectual no sólo la merece, sus lectores sacarán provecho de ella.

#### PRIMERA PARTE: BIOGRAFÍA INTELECTUAL

1) C.G.: Sabemos que desde niño usted destacó en sus estudios, ¿influyó en eso el tener un padre latinista?

T.H: No creo haberme destacado tanto en mis estudios; fui un discretamente buen estudiante de primaria y algo mejor de secundaria, más bien por una predisposición a hacer lo que me decían que movido por grandes curiosidades intelectuales (cuando empecé a tenerlas, nunca se me ocurrió canalizarlas hacia mi aprendizaje escolar).

Naturalmente influyó que me criase en una casa con una buena biblioteca, y que mis padres estuviesen vinculados con tanta gente que pensaba en la vida intelectual argentina. Me temo que (por culpa mía) influyó menos que mi padre fuese latinista. Antes de entrar al secundario en el colegio de la universidad, cuyo plan de estudios incluía cursos de latín durante los seis años, hice con él, en las vacaciones, un aprendizaje acelerado pero necesariamente elemental del idioma, al que no necesité agregar nada durante mi bachillerato (así de pobre era la tradición humanística de la que el colegio se gloriaba); hoy lo que aprendí entonces, y lo no mucho más que recogí en el camino, me sirve todavía para manejarme con el latín de autores medievales y modernos que ya no pensaban en latín, pero para poco más que eso.

2) C.G.: Tengo entendido que usted estudió química, derecho e historia. Su vocación histórica es clara. ¿Por que estudió química y derecho?. ¿fue decisión propia?, ¿fue el prestigio de la carrera de abogado en la Argentina de su juventud?

T.H.: Creo que empecé a estudiar química como consecuencia de que todavía no había integrado mis curiosidades intelectuales, que ya eran claras, con mi formación escolar y profesional, que encaraba de manera bastante rutinaria. Entré en química como demasiosos de mis compañeros de secundario, porque nuestro profesor de la materia –Reinaldo Vanossi– ejercía sobre nosotros una extraña fascinación que él no buscaba: era bastante ensimismado y distante, pero bastaba su presencia para convencernos de la mayor seriedad del saber científico frente al humanístico. Por suerte me di cuenta a tiempo de que, serio o no, no era ese el tipo de saber con el que yo congeniaba espontáneamente. En cuanto al estudio del derecho, en la Argentina del primer peronismo era muy poco probable que pudiese hacer una carrera normal como historiador (entre otras cosas, para cualquier nombramiento era necesario el carné del partido, que por mi parte tenía muy pocas ganas de solicitar), y la abogacía –que ya para entonces había dejado de ser una carrera prestigiosa– había sido tradicionalmente el refugio para gente como yo, cuya vocación la llevaba a otras carreras que no daban de qué vivir.

3) C.G.: ¿Influyó Claudio Sánchez Albornoz en su opción por la historia o en el tema de su tesis doctoral (sobre los moriscos y cristianos viejos en Valencia) en la Universidad de Buenos Aires? Otros hablan de José Luis Romero y su revista *Imago Mundi*, como ejerciendo una influencia fundamental sobre usted, ¿qué hay de eso?

T.H.: Aunque ya conocía muy superficialmente a don Claudio, no creo que eso haya influido en mi decisión de pasar de química a historia. Desde luego, casi todos los pocos cursos que seguí en Buenos Aires los tomé con él. A los moriscos me los reveló Braudel; don Claudio me hizo el inmenso favor de apadrinar mi tesis sobre el tema, lo que me permitió doctorarme todavía bajo el peronismo, cuando los profesores de historia nacional y americana me miraban sin ninguna simpatía (y la verdad que yo también a ellos).

José Luis Romero era un amigo mucho más cercano de mis padres; yo conocía y admiraba sus trabajos, y fue además muy importante para mí su ejemplo de cómo se podía navegar con éxito contra la corriente. Pero (en parte porque había mantenido una guerrilla permanente con los herederos de la Nueva Escuela Histórica, que dominaban la historia argentina e hispanoamericana, en parte por razones más intrínsecas) nunca aprobó mi decisión de centrarme en la historia argentina, que –según me dijo cuando mis padres, algo abrumados al enterarse de mi decisión de hacerme historiador, reaccionaron a la novedad mandándome a hablar con él– reflejaba en su opinión una ambición intelectual demasiado modesta. *Imago Mundi* dio ocasión para que José Luis mostrara una confianza en mis capacidades que me alentó enormemente,

pero —dedicada como estaba a reunir las contribuciones más valiosas de quienes en el campo de las humanidades eran mal vistos por el régimen peronista, y estaban en casi todos los casos fuera de la universidad— ello le impuso un eclecticismo de temas y enfoques que hizo de la revista un admirable instrumento para ventilar —y abrir a las nuevas perspectivas maduras en la segunda postguerra— un ambiente cultural cada vez más estancado y provinciano, pero que eliminó cualquier posibilidad de que hiciera sentir su influjo intelectual en ninguna dirección demasiado precisa.

4) C.G.: Después de doctorarse en Argentina usted viajó a Europa. ¿Fue Fernand Braudel una figura decisiva en su personal aproximación a la historiografía? Los primeros capítulos de *Revolución y guerra*, que tienen un enfoque geohistórico, hacen pensar eso. Sabemos que Braudel sentía una gran admiración por usted, ¿mantuvieron contacto permanente?

T.H.: Braudel fue sin duda *la* figura decisiva. Aun más que por su imaginación histórica en perpetuo chisporroteo (de un colega que no voy a nombrar decía: “es enormemente inteligente, y necesita de toda su inteligencia para ocultar que en toda su vida no tuvo una sola idea que podría llamar suya”); ese no fue nunca su problema, las ideas le brotaban constantemente, como los versos a Ovidio), porque era en verdad una personalidad avasalladora, una suerte de fenómeno de la naturaleza que podría haber encarnado al historiador como titán en una novela de Balzac. Naturalmente que bajo su hechizo la geohistoria era —y no sólo para mí— algo más que la mejor manera de hacer historia; era la imagen verdadera del mundo. De eso hay un eco ya bastante remoto en la primera parte de *Revolución y guerra*; mucho más en mi tesis sobre moriscos del reino de Valencia, cuya primera parte sí es tan braudeliana que releída hoy parece casi una parodia involuntaria.

5) C.G.: Se dice que usted fue parte de una “generación” en la década de 1950, con Exequiel Gallo, Roberto Cortés Conde, Nicolás Sánchez Albornoz y otros, ¿es efectivo? ¿De ser así, qué los unía? En Francia también trabó amistad con Ruggiero Romano, ¿hubo influencia mutua?

T.H.: De esa “generación” sólo somos coetáneos Nicolás y yo; de Exequiel y Roberto me separa media generación. Lo que comenzó por unirnos fue el haber participado todos en la tentativa de renovación de la disciplina que luego de la caída del peronismo fue posible en la universidad. Aunque esa experiencia terminó pronto y mal, creó una camaradería que se mantuvo y se intensificó luego. Braudel delegó en Ruggiero Romano la tarea de empezar a desasarme; es una decisión que nunca he dejado de agradecerle. No creo que ni yo ni nadie haya influido sobre Ruggiero; desde luego él influyó sobre mí.

6) C.G.: Hacia mediados de la década de 1960 partió a Harvard y luego pasó un breve período como profesor de Historia de América Latina en Oxford. Pero terminó radicándose en Berkeley. ¿Qué razón hay tras ese periplo? ¿Qué le gustó de Berkeley?

T.H.: La razón de mi periplo, como usted dice, es que como consecuencia de la que se llamó Revolución Argentina me encontré de pronto sin trabajo en mi país, y aunque creí primero que me iba sólo por un tiempo, la situación argentina sólo hizo posible el retorno cuando ya era demasiado tarde para reinsertarme profesionalmente allí. Cuando vine a Berkeley ya conocía el lugar como visitante, y me había atraído mucho. Oxford a su manera también, pero justo entonces se esperaba que los encargados del planeamiento universitario (que en Inglaterra estaba tan centralizado como en la Unión Soviética, sólo que los cinco años que abarcaba cada plan se llamaban en latín *quinquennia*) lanzaran golpes devastadores contra los *Latin American Studies*, que resultaron luego menos definitivos de lo que se temía (ni siquiera Lady Thatcher logró borrarlos del todo del mapa).

7) C.G.: Se dice que —a diferencia de otros historiadores consagrados— usted no tiene “clones” y sólo discípulos indirectos. ¿Puede saberse, a quiénes considera usted sus discípulos y en qué lo serían?

T.H.: Es verdad, y en parte se debe a las circunstancias; casi todos mis estudiantes de Berkeley venían ya con un proyecto bien definido. Por otra parte la relación maestro-discípulo, que siempre me pareció problemática para uno y otro, sólo florece en pleno en un marco institucional y profesional favorable: solía ser solidísima en Francia o México cuando funcionaba en uno muy parecido al de las pirámides feudales. Y desde el punto de vista intelectual, me parece que esa relación sólo puede ser benéfica si la emancipación se produce a tiempo.

8) C.G.: ¿Le gusta hacer clases? Cuéntenos algo sobre su carrera docente.

T.H.: Sí, me gusta hacer clases; más en español que en inglés, pero supongo que uno se acostumbra a todo.

9) C.G.: ¿Está conforme con la opción intelectual que eligió?

T.H.: Sí, estoy conforme.

10) C.G.: ¿Qué le aconsejaría a un joven que se inicia en el cultivo de la historia?

T.H.: Siempre me prohibí dar esos consejos; lo que me parece importante es que cada uno haga aquello a lo que su inclinación le lleva; es lo que suele salir mejor. A lo sumo trataría de ayudar a ese joven a descubrir cuál es esa inclinación, en otras palabras, qué es lo que concretamente le gustaría explorar, ya que no estoy seguro de que baste una opción meramente abstracta por la historia para que valga la pena afrontar lo que hay que afrontar en una profesión que, en otros aspectos, tiene a menudo tan poco que ofrecer.

11) C.G.: Se sabe que le gusta mucho viajar, incluso con sacrificio. ¿Por qué? ¿Es sólo un gusto?

T. H.: ¿Por qué me gusta viajar? Ante todo porque me gusta llegar adonde voy, pero además porque soy lo bastante viejo para que me parezca un milagro digno de ser repetido cruzar el planeta en zigzag. Influye también, creo, que la vida académica norteamericana sean tan descentralizada que obliga a que para tener una conversación comparable con la que en nuestra América uno tiene con amigos en el café del barrio, sea necesario cruzar medio continente.

12) C.G.: ¿Tiene usted (a su juicio) una buena biblioteca? ¿Qué contiene en lo esencial?

T.H.: Tengo una excelente biblioteca: la de la Universidad, que usted conoce bien. La mía creció a partir de la que traje de la Argentina como complementaria de la universitaria, que tiene casi todo lo que necesito; es por lo tanto muy incompleta.

## SEGUNDA PARTE: HISTORIOGRAFÍA Y ESCRITOS

1) C.G.: Usted ha cultivado múltiples géneros: estudios biográficos, historia de las ideas, historia social, historia económica, historia política, análisis de actualidad. ¿Qué explica esa diversidad?, ¿responde a un plan o es espontánea?

T.H.: Juzgando por mi propia experiencia, uno no salta de género en género, sino de tema en tema, en un proceso que en mi caso es parecido a lo que el psicoanálisis llama asociación libre. Así, cuando trataba de hacer *Revolución y guerra* me interesé en dos temas laterales; uno era de historia de las ideas, y dio lugar a *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, que apareció ya en 1961; el otro, de historia de las finanzas públicas, que hice ya fuera de la Argentina, resultó en *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino*, publicado en 1985.

Pero en esas transiciones también tuvieron su papel las circunstancias, y estas influyen todavía más en el recurso al archivo, que era mucho más fácil cuando podía llegar a él tomando un colectivo. En parte me decidí a hacer *Guerra y finanzas* porque el material de archivo era lo bastante acotable como para poder trabajar en Berkeley con microfilmes. Pero me gusta mucho trabajar (y para decirlo honradamente, más aun perder el tiempo recorriendo legajos heterogéneos) en un archivo.

2) C.G.: ¿Hay historiadores, filósofos, hombres de ideas en general, cuyas obras hayan influido notoriamente en usted?

T.H.: Tendría que mencionar primero mi etapa díganos prehistórica, en que leí Croce, que más bien que una filosofía ofrece una vacuna contra la filosofía (casi todos los problemas filosóficos son para él seudoproblemas, y a los pocos que sobreviven les encuentra una solución tan obvia que en verdad se hace poco interesante, pero todavía hoy me parece que cuando identifica intuición y expresión dice algo como lo que estoy instintivamente de acuerdo, y que tiene consecuencias importantes para la dimensión narrativa del trabajo del historiador). Luego leí bastante Dilthey, como era habitual en la Argentina, y no sólo allí, alrededor de 1950. Desde que me di cuenta de que iba para historiador hubo tantas lecturas que me estimularon, que me resulta difícil seleccionar las que significaron más para mí; quizá una manera de hacerlo sería mencionar algunos libros y otros trabajos que he leído varias veces y me hacen envidiar a sus autores, pero la lista resultaría demasiado heterogénea y no demasiado reveladora, ya que la mayor parte de ellos tienen muy poco en común con nada de lo que en efecto hice: allí estarían los *Caracteres originales de la historia rural francesa*, de M. Bloch, y el libro sobre Rabelais de L. Febvre, pero también el de Carl Schorske sobre Viena en el pasado fin de siglo, *Confucian China and its modern fate*, de Joseph Levinson, o *Bankers and Pashas*, de David Landes, que tiene para mí un encanto que no me alcanzo a explicar del todo, pero me resulta irresistible. Y en nuestro campo hay también demasiadas cosas que mencionar, desde el brevísimo *Siglo de la depresión en Nueva España*, de Borah, o *La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial*; una aún más breve y perfectamente redondeada obra maestra de C.S. Assadourian, hasta *El ingenio*, de Moreno Fraginals, o el libro de Nancy Farriss sobre los mayas bajo el dominio español, o esa vindicación triunfal de la historia narrativa que es la de la *Revolución mexicana*, de Alan Knight.

3) C.G.: Tiene fama, a mi juicio justificada, de hombre irónico, hasta sarcástico verbalmente, con sus pares. Pero en sus escritos aparece como

bastante moderado frente a los que piensan diferente. ¿Este rasgo de su personalidad intelectual, tiene algún motivo consciente?

T.H.: Creo que en parte eso refleja un cierto estilo argentino de discusión, bastante desconcertante para otros latinoamericanos (cuando había muchos argentinos en México, el público local no cesaba de asombrarse de que en los debates públicos a los que eran tan aficionados sus escandalosos huéspedes, estos luego de decirse cosas que entre mexicanos hubiesen causado la ruptura irreparable de cualquier amistad, se fuesen a comer juntos). Porque lo más notable es que esas agresiones se reservan para los amigos; con los demás se respetan mejor ciertas normas de cortesía, aunque hay que confesar que en la Argentina, menos escrupulosamente que en Chile; no voy a negar que nuestros modales dejan algo que desear. En cuando a que en mis escritos parezca más moderado, acaso sea simplemente más cuidadoso de esas normas.

4) C.G.: Su prosa suele ser algo complicada, barroca, hasta hermética, al menos para los que no lo conocen mucho. Hay una preocupación por el matiz. Sus frases son largas y contienen mucha reflexión. Se dice que el hombre escribe como piensa. ¿Significa lo anterior que considera la realidad histórica como muy compleja e irreductible a un "cierto cartesianismo", a estructuras claramente delimitadas (a pesar de que en sus obras estas quedan claras en sus líneas centrales)?

T.H.: Yo diría que más que como pienso, yo escribo como puedo. Creo que en efecto me esfuerzo demasiado por hacer justicia a la complejidad de todo fenómeno-histórico, lo que es una tarea imposible, ya que esa complejidad es literalmente infinita. Eso presenta ciertamente un peligro, y a veces me pregunto cómo hay gente que dispone de la paciencia necesaria para leer lo que escribo.

5) C.G.: No tiene libros escritos en conjunto con otro autor. ¿No le gusta trabajar en conjunto? ¿Usa el trabajo de ayudantes?

T.H.: Mi única experiencia importante de trabajo en conjunto fue la elaboración de una estadística de un siglo de exportaciones argentinas, modificando los valores de la oficial a partir de los precios corrientes, sacados de dirios y otras fuentes, que hicimos con Roberto Cortés Conde y Haydée Gorostegui a comienzos de los sesenta, que dudo que nunca se publique porque la composición resultaría demasiado costosa; increíblemente, nos divertimos mucho haciéndola, pero no hubo luego oportunidad para repetir la experiencia. En cambio colaboré con ellos y otros colegas en empresas editoriales (como la

*Historia Argentina* que publicó Paidós en los setenta), y he usado alguna vez ayudantes para cosas del tipo de fotocopiar fuentes, pero no mucho más que eso.

6) C.G.: ¿Cuál es la relación entre sus libros propiamente historiográficos (sobre el siglo XIX principalmente) y los que tiene sobre historia actual de Argentina? ¿En cuáles se encuentra mejor al verdadero Tulio Halperin?

T.H.: Comencé a escribir sobre la historia actual de la Argentina cuando era más actual que historia, y sus vicisitudes influían tanto en nuestras vidas que no sólo el tema, sino la manera de encararlo, parecía imponerse por sí sola. Ahora que se está haciendo más historia actual comienzan a poder verse más claramente las continuidades con la historia del siglo XIX. En *La novela de Perón* asegura Tomás Eloy Martínez que Perón nunca tuvo dificultad para hacer que su biblioteca lo acompañara a todo lo largo de su complicado itinerario del exilio, porque la integraba un solo libro, la *Historia de San Martín*, de Mitre; hoy es posible una lectura de Mitre (y de Perón) que hace comprensible que este pudiese reconocerse en aquel, pese a que mientras el héroe que Mitre había querido emular era Washington, para Perón ese papel lo tuvo primero Mussolini y luego De Gaulle.

7) C.G.: ¿Se adscribe a alguna escuela historiográfica? ¿Qué opina de las nuevas escuelas o "modas" historiográficas?

T.H.: Creo que el llamado "giro lingüístico", que nos ha enseñado algo a todos, ha dado ya todo lo que podía dar de sí; hay entonces un vacío que llenar, pero que no se llena, y más bien se disimula con toda clase de anuncios de revoluciones copernicanas, que en el mejor de los casos inventan nombres nuevos para cosas que no lo son (lo que a veces es útil, porque vale la pena devolverlas a la memoria, así sea bajo seudónimo).

8) C.G.: ¿Cree que la novela latinoamericana de las últimas décadas es un buen reflejo de nuestra realidad histórica? ¿Qué autores le gustan?

T.H.: No creo que la función de la novela sea reflejar la realidad histórica. Así, me parece que precisamente porque el coronel Buendía, de García Márquez, se parece tan poco a su modelo histórico, que es el general Uribe Uribe, el gran caudillo liberal de la *Guerra de los Mil Días*, logra ser una creación novelística tan eficaz. Como usted sabe, en los Estados Unidos es costumbre incluir en cursos de historia fuentes novelísticas; cuando puse en uno *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, un alumno me preguntó por qué les daba para leer algo que tomaba mucho más espacio para decir sobre la

revolución mexicana exactamente lo mismo que el manual de Skidmore y Smith. Creo que su observación ponía el dedo en la llaga; reflejar la realidad histórica es lo que debiera hacer la historia; cuando la novelística trata de hacerlo se reduce a ofrecer un eco de la visión histórica, siendo así que su tarea debiera ser más bien incorporarla a sus materiales. Como gustar, me gusta (es poco decir) García Márquez, mucho el uruguayo Onetti, cierto Vargas Llosa (cuando se olvida de su obligación de escribir la gran novela latinoamericana, y se contenta con los barrios de Lima) y el Cortázar de los cuentos (no de las novelas, por cierto).

### TERCERA PARTE: ARGENTINA Y AMÉRICA LATINA

1) C.G.: En *Revolución y guerra* desarrolla una novedosa tesis sobre la formación de la elite socioeconómica y terrateniente argentina de comienzos del siglo XIX, pero toca múltiples otros temas y sus interrelaciones. ¿Pretendió hacer un intento de la llamada "historia total", o la imagen que presenta en ese libro surgió más o menos espontáneamente?

T.H.: Braudel dice en alguna parte que querer hacer historia total no significa querer cubrir todo lo que pasó en la historia, ambición que encuentra *puérrile, sympathique et folle*; significa en cambio no alarmarse porque de las preguntas surgen otras preguntas, ni negarse a afrontarlas porque hacerlo requiere franquear límites que uno se ha fijado de antemano; sólo en ese sentido *Revolución y guerra* podría pasar por historia total.

2) C.G.: Su *Historia de América Latina*, me parece, tiene una tendencia a dar cuenta de la realidad continental total, minimizando a veces las diferencias regionales. ¿Está de acuerdo con esta afirmación? ¿Por qué sería así?

T.H.: Creo que trato de explicarlo en el prólogo, porque trata de ser una historia de América Latina, y ello hace que necesariamente se estructure en torno a aquellos elementos que son comunes a la experiencia latinoamericana; hay un lugar para las variedades regionales en cuanto los fenómenos que afectan globalmente a América Latina se refractan de modo diferente, porque el marco es también él diferente en cada caso.

3) C.G.: ¿Hay una continuidad en su visión de la historia de Argentina o ha ido cambiando? ¿Cómo?

T.H.: Quizá la que ha ido cambiando es más bien la historia misma de la Argentina

4) C.G.: Usted parece moverse mejor en el estudio de la Argentina de las elites (siglo XIX) que en la de las masas. Si está de acuerdo con esta información, ¿por qué sería así?

T.H.: Me resulta difícil contestar esta pregunta porque para empezar no creo que la de masas y elites sea una distinción válida. Me convencí de que no es muy utilizable para el trabajo histórico haciendo *Revolución y guerra*: desde el general Mitre, el consenso de los historiadores argentinos afirma que lo que en 1820 cierra el ciclo revolucionario abierto en 1810 es una exitosa rebelión de las masas contra la elite revolucionaria; y ya los testimonios presentados por esa elite ofrecen los elementos para esa conclusión. Pero apenas se examina de cerca a esas masas cuyos miembros se supone igualados por su común marginalidad se descubre un paisaje social estructurado y jerarquizado. Me parece que la visión que contrapone elite y masa se origina en la perspectiva de los que están en la cumbre de la sociedad nacional, y –para decirlo en lenguaje cotidiano– dividen al mundo entre la “gente como uno” y el resto, pero a la vez que esa visión ha adquirido presencia duradera al ser incorporada a las perspectivas de una variante historiográfica muy particular, que postulaba un desenlace revolucionario para cada situación histórica que estudiaba, y tomaba por tema la formación del sujeto colectivo a cuyo cargo estaría conducir a ese desenlace. Para esa perspectiva, que es la que en nuestro tiempo adoptó la izquierda revolucionaria, pero que en el siglo pasado fue ya la de Mitre, entre muchos otros (ya que puede usarse para buscar la clave de la formación de la conciencia nacional tanto como de la conciencia de clase), la masa es menos una realidad social preexistente que el resultado de una fusión de voluntades en el crisol de ciertas experiencias colectivas. En ese sentido la noción puede ser útil, pero sólo para el estudio de fenómenos específicos, que se dan con menos frecuencia de lo que la izquierda gustaba de suponer.

Hoy la historiografía de una izquierda que ha renunciado implícitamente a ese horizonte revolucionario, pero no a usar como cartabón el ideal igualitario que había esperado ver satisfecho por la revolución, tiende por el contrario a subrayar las diferencias y quiebres internos de las que en lenguaje tomado en préstamo de Gramsci llama clases subalternas; así, el libro tan sugestivo de Florencia Mallon, *Peasants and nation*, es entre otras cosas una exploración de México y Perú en el ochocientos en busca de una comunidad que sea realmente de iguales; por un momento la autora se ilusiona de haberla encontrado en Xochiapulco, un municipio de la sierra norte de Puebla, pero pronto debe rendirse a la evidencia que le dice que también allí algunos son más subalternos que otros.

5) C.G.: ¿Considera a José Hernández (a quien dedicó un complejo estudio) el escritor argentino con el cual más se identifica? ¿O es su personaje Martín Fierro el que le atrae? ¿Por qué?

T.H.: Ni me identifico con Hernández ni es Martín Fierro el personaje que más me atrae, aunque es sin duda el de más firme relieve que logró crear la literatura argentina. Cuando hice *José Hernández y sus mundos* creía saber que lo que me atraía en el tema era que, debido a la eminencia de Hernández en la literatura argentina, tenemos una información excepcionalmente rica sobre una figura que nunca logró sobresalir de entre el personal político de segunda fila de esa etapa particularmente convulsiva que en la Argentina se llama de la organización nacional, y ello abría la posibilidad de explorar aspectos de esa experiencia que se pierden de vista cuando la atención se concentra en las grandes líneas del conflicto político, desde la articulación –a veces fácil, a veces conflictiva– entre lealtades facciosas y familiares, hasta la gravitación subterránea de un consenso ideológico casi universal, que merece ser explorado más cuidadosamente de lo que es habitual.

Viendo las cosas desde ahora, me parece que influyó también la situación argentina del momento en que escribí el libro, que fue el del terrorismo de Estado; el tema del *Martín Fierro* es en el fondo el Estado como asesino; a la vez la carrera de Hernández –que tras de colocarse fuera de la ley, se reintegró con sorprendente facilidad a los círculos dirigentes de la política, y pudo alcanzar por fin los modestos objetivos a los que desde el comienzo había aspirado– sugiere que, en un marco de luchas feroces y sangrientas, ese Estado era menos asesino que el que tuvimos que sufrir durante el llamado proceso de reorganización nacional; los protagonistas de la “organización nacional” estaban dispuestos a aceptar ciertos frenos y barreras, y ello no tanto como consecuencia de un imperativo moral cuanto gracias a una percepción más justa y serena de los problemas que afrontaban, debida a mi juicio no sólo a su aguda inteligencia política, sino también a su capacidad de mantener su sangre fría en las peores emergencias, que iba a faltar del todo, aparte de muchas otras, a los deplorables protagonistas de nuestro proceso militar.

6) C.G.: Desde su publicación de *Argentina en el callejón* (hace unos treinta años), ha volcado su atención sobre la Argentina urbana y el “Peronismo”. Su visión se ha ido tornando aparentemente más pesimista y lo que era una proyección sombría (la agonía peronista) parece considerarla ahora una certeza. ¿Cuál es su visión del futuro ahora con la nueva dimensión neoliberal que recorre al continente y a la Argentina y que a muchos tiene muy optimistas?

T.H.: De nuevo me parece que ha cambiado el objetivo más que yo. Lo que ocurre es que en estos treinta años el ciclo de la revolución peronista se ha cerrado, lo que no es necesariamente una conclusión pesimista. El movimiento peronista ha sobrevivido a esa revolución porque ha demostrado ser la única fuerza política capaz de presidir a la liquidación de su herencia. Esto tampoco es necesariamente un motivo de pesimismo. Visto con la frialdad que da la distancia en el tiempo, lo que hace interesante para mí al peronismo es que fue uno de los pocos intentos exitosos de forzar la marcha de la historia: en un país sólo semiindustrializado, en que para peor la industria tenía base económica muy frágil, impuso la hegemonía de un movimiento cuya columna vertebral era la organización sindical, con resultados que a la mayoría le gustaron tanto que por cuatro décadas la Argentina se fue comiendo todos sus recursos para salvar lo que podía de un perfil de sociedad económicamente insostenible. En cuanto a la visión neoliberal, sin duda en Chile ella "a muchos tiene muy optimistas", pero dudo de que ese sea el caso en todos los restantes países de América Latina; en la Argentina me parece que el motivo por el cual la mayoría acepta —y con más resignación que entusiasmo— las soluciones neoliberales es que las prefiere a la hiperinflación, de la que va a tardar mucho tiempo en olvidarse.

7) C.G.: En la última versión de su *Historia de América Latina* parece abandonar una cierta influencia de la teoría de la dependencia y hace cambios en la última parte a partir de la Revolución cubana, ¿cree superado ese diagnóstico?

T.H.: En cuanto a la teoría de la dependencia, nunca logré descubrir que dijese nada razonable más allá de afirmar que hay algo que se llama dependencia, lo que estoy convencido de que era verdad en 1960 y lo sigue siendo hoy (quizá sería todavía más verdad, entonces como ahora, si se expresara en la fórmula más matizada que proponía el uruguayo Carlos Real de Azúa, que prefería hablar de una interdependencia fuertemente asimétrica). Lo que ha cambiado desde 1960 es que se ha perdido la convicción de que era esa dependencia la que nos impedía alcanzar nosotros también la que era meta final de la historia universal, ya alcanzada o en proceso de alcanzarse tanto en el primer mundo como en el segundo, beneficiarios ambos del "despegue" (¿se acuerda?) que los había encarrilado definitivamente en un proceso de expansión económica ilimitada en el marco de un estado de bienestar. Desde entonces el segundo mundo se ha desvanecido en el aire, y el primero ha conocido el estancamiento, de modo que, aunque la diferencia subsiste, sus consecuencias parecen menos definitivas de lo que se imaginaba entonces.

8) C.G.: ¿Cómo ve el momento latinoamericano y argentino al finalizar el siglo XX?

T.H.: Cuando se llega, como se dice, a una cierta edad, se entiende bien el dicho de Talleyrand, que aseguraba que bastaba haber vivido lo suficiente para haber visto todo y lo contrario de todo. De modo que el actual momento latinoamericano y argentino lo veo sobre todo como un momento; qué vendrá en el que sigue lo sabe Dios, pero que a este van a seguir otros debiéramos saberlo todos.